

NOVENA
DE
PENTECOSTÉS

*En esta Novena queremos pedir
a Dios Espíritu Santo sus siete dones
para nosotros y el mundo entero.*

*Queremos predisponernos para recibirlos,
reviendo nuestra vida, nuestras actitudes
y renovando el deseo de que
Dios Espíritu Santo tome y transforme
con su Amor todo nuestro ser.*

Primer día

**“Si invocáramos siempre al Espíritu Santo,
Él dará otro rumbo a los acontecimientos del mundo”.** (P. Arnoldo Janssen)

Palabra de Dios

“Si ustedes me aman guardarán mis mandamientos, y Yo rogaré al Padre y Él les dará otro Intercesor que permanecerá siempre con ustedes” Jn 14, 15-16

Reflexión

Invocar es llamar a alguien, pedir ayuda, auxilio o protección y exponer nuestras necesidades. ¿Por qué entonces invocar al Espíritu Santo que lo sabe todo, incluso antes que nosotros mismos y sus dones son gratuitos?

Al invocar a Dios Espíritu Santo y pedir sus siete dones para el mundo entero, tomamos conciencia de que estamos necesitados. Nos damos cuenta que, si dejamos de lado nuestras rígidas formas de pensar y resolver conflictos, siempre de la misma manera y nos abrimos a Él, Dios Espíritu Santo puede actuar y puede soplarnos al oído creativas formas de vivir mejor cada momento. Si dejamos de creer en nuestra omnipotencia y en la sabiduría de este mundo, Dios Espíritu Santo puede darnos su Sabiduría e infundir en nuestro corazón la Fortaleza. Si dejamos de confiar en nuestros propios criterios, Dios Espíritu Santo puede aconsejarnos en el silencio de nuestra oración.

No se trata de que Dios Espíritu Santo haga por nosotros las cosas y mágicamente cambie el rumbo de la historia, por el sólo hecho de que hayamos recitado una simple oración. Sino que, al invocar humildemente, al Espíritu Santo, expresamos nuestra pobreza, necesidad e impotencia.

Implorar al Espíritu Santo es, entonces, dejar el lugar a Dios para que pueda actuar en nosotros y en el mundo entero. Como dice el P. Arnoldo, Él dará otro rumbo a los acontecimientos del mundo.

Necesitamos de la Presencia de Dios Espíritu Santo en nuestra vida para poder caminar seguros, confiando en que Dios sabe realmente lo que necesitamos. Él nos conoce, sabe cuáles son nuestras fortalezas y debilidades, nuestras capacidades y limitaciones, virtudes y defectos.

Si nos vamos alejando de la fuente de calor que nos da su compañía, nos vamos entibiando, enfriando y nuestra vida cotidiana va tomando otro rumbo, otra dirección.

Invoquemos cada día, con humildad y confianza, la Presencia del Espíritu Santo, nuestro Dulce Huésped del Alma, con la certeza de que, si abrimos nuestro corazón Él irá transformando todo nuestro ser interior. De esta manera, se verá reflejado en todos nuestros gestos, actitudes, en todos los aspectos de nuestra vida y en la relación con nuestros hermanos.

Reflexión personal

En este primer día de Novena al Espíritu Santo, en preparación a la fiesta de Pentecostés, quiero centrar la mirada en mi ser interior.

- ❖ En un primer momento: con sinceridad y humildad, recorro todos los espacios, moradas, habitaciones de mi interioridad. Veo qué cosas ocupan cada espacio, cada rincón. Voy reconociéndolas, les pongo nombre.
- ❖ En un segundo momento me pregunto: ¿Permito que en todos los rincones de mi ser interior habite el Espíritu Santo? ¿Hay realidades, espacios interiores en mí en los cuales temo que sean iluminados? ¿Me abro totalmente para que Él pueda realizar su obra en mí? ¿De qué cosas quiero desprenderme o qué actitudes quiero modificar para dar mayor espacio a la Presencia del Espíritu Santo?

Finalmente, con un corazón que ansía ardientemente la Presencia del Espíritu Santo, lo invoco confiadamente.

VEN, ESPIRITU SANTO (María Inés Castro)

Ven, Espíritu Santo, mi Dulce Huésped del alma.
Ven, Espíritu Santo, sé mi aliento permanente.
Ven, Espíritu Santo, mantén encendido el fuego en mi corazón.
Ven, Espíritu Santo, aumenta en mí el ardor de Ser Misión.
Ven, Espíritu Santo, en cada instante de mi vida.
Ven, Espíritu Santo, en los momentos de tristeza.
Ven, Espíritu Santo, cuando no encuentro el camino.
Ven, Espíritu Santo, ante las angustias y desesperanzas de los míos.
Ven, Espíritu Santo, en mis alegrías de cada día.
Ven, Espíritu Santo, ante los milagros que me sorprenden diariamente.
Ven, Espíritu Santo, fortalece mi voluntad.
Ven, Espíritu Santo, no me dejes caer en la indiferencia y el error.
Ven, Espíritu Santo, enséñame a discernir los signos de estos tiempos.
Ven, Espíritu Santo, ayúdame a aumentar mi amor hacia Ti.
Ven, Espíritu Santo, que pueda vivir y anunciar fielmente el Evangelio de Jesús.
Ven, Espíritu Santo, dame perseverancia en la construcción del Reino.
Ven, Espíritu Santo, que sepa sembrar esperanza en estos tiempos difíciles.
Ven, Espíritu Santo, que pueda poner luz
en aquellos hermanos que viven en la oscuridad.
Ven, Espíritu Santo, que no deje de invocarte nunca.
Ven, Espíritu Santo, Ven.

Segundo día

Don de Sabiduría

Palabra de Dios

“La sabiduría es luminosa y nunca pierde su brillo: se deja contemplar fácilmente por los que la aman y encontrar por los que la buscan. Ella se anticipa a darse a conocer a los que la desean. El que madruga para buscarla no se fatigará, porque la encontrará sentada a su puerta. Meditar en ella es la perfección de la prudencia, el que se desvela por su causa pronto quedará libre de inquietudes. La Sabiduría busca por todas partes a los que son dignos de ella, se les aparece con benevolencia en los caminos y le sale al encuentro en todos sus pensamientos”. Sab 6, 12-16

Reflexión

El Espíritu Santo, por el don de Sabiduría, imprime en todo nuestro ser la gracia de la connaturalidad con las cosas de Dios, haciéndonos saborear, con deleite inefable “las cosas de arriba, no las de la tierra” (Col. 3, 1-2), dándole un sentido de eternidad que nos hace ver todas las cosas a través de Dios, como por instinto sobrenatural y divino. Por eso es el don más perfecto y Dios lo regala a aquellos que lo aman y lo buscan con sincero corazón.

El don de Sabiduría nos hace ver con hondura, desde la mirada de Dios, aun en medio de situaciones dolorosas y difíciles, todo el contexto con su complejidad. Nos da una visión amplia, espiritual, para ver más allá de lo tangible y visible, y ser capaces de aprender y crecer a pesar de las dificultades. Gustar la dulzura de Dios, en medio de sabores amargos, convencidos que Dios es bueno, más allá del misterio del mal.

Es bucear en sus misterios, gozar de la dulzura de su presencia, como el pez disfruta del agua. “Prueben que bueno es el Señor, hagan la prueba y véanlo” como dice el salmista en el salmo 33. Es deleitarse, extasiarse, desear escuchar su Palabra y contemplarla. Es estar a gusto con Dios. Encontrar el placer en la contemplación, silencio y oración. Abrir la puerta del corazón y sentarse a sus pies. Es encontrar el tiempo para estar en intimidad con Dios como lo encuentran dos enamorados. Dejarse seducir, querer estar al lado del Amado y no separarse nunca.

En este tipo de relación, no existe miedo ni inquietud, porque toda la seguridad está puesta en Dios nuestro único Bien. Nuestra voluntad está absolutamente subordinada a la divina, no como un mandato sino como una lógica consecuencia de una estrecha relación. Sabiduría no es entonces saber mucho o tener muchos conocimientos, sino gustando de la intimidad de Dios saber distinguir entre lo esencial y lo secundario, lo verdadero y lo aparente, en medio de nuestra vida cotidiana.

Reflexión personal

“Prueben que bueno es el Señor, hagan la prueba y véanlo”, respondiendo a esta invitación que me hace el Salmista y abriéndome a la gracia de Dios en el don de Sabiduría:

- * En un primer momento: Tomando contacto con mis emociones me respondo sinceramente a mí mismo: ¿la oración es para mí un placer, disfruto de este momento, me da gusto este encuentro íntimo con Dios? O más bien es ¿una rutina/costumbre o un mero deber?
- * En un segundo momento: Miro mi vida diaria, ¿qué lugar ocupa en el día la oración, el silencio? ¿Le doy prioridad por sobre otras actividades?

Las últimas respuestas demuestran en qué medida poseo este don de Sabiduría. Me abro a la gracia de querer acrecentar en mí, el deseo de buscar y gustar una mayor intimidad con Dios.

VIVIR EN TU PRESENCIA (Irene Klein)

Espíritu Santo enciende en mí el ardiente deseo de amarte más y más.

Mi alma tiene sed de Ti, sácime con Tú dulce presencia.

“Oh Dios tú eres mi Dios por ti madrugo, mi alma esta sedienta de Ti (...)

como tierra reseca agostada sin agua (...) Tú gracia vale más que la vida,

toda mi vida te bendeciré y alzaré las manos invocándote, (...)

en el lecho me acuerdo de ti y velando medito en ti,

mi alma está unida a Ti y tu diestra me sostiene”.

¡Ven en mi ayuda!

Que no me detenga ni distraiga en las cosas efímeras de lo pasajero.

Deseo ardientemente, la sabiduría de saborear, la dulzura de Tú Amor.

Quiero poner siempre en primer lugar el encuentro íntimo contigo.

Que nada ni nadie sea más importante.

Fortalece mi voluntad, robustece mi fidelidad

ya que mi alma suspira por Ti, noche y día.

Tú mi Dios cotidiano, Dios en todo y en todos,

presencia amorosa que me envuelve y habita.

Tú, que haces nuevas todas las cosas, ayúdame a madurar en mi entrega.

Quiero sumergirme en la inmensidad de tu Amor.

Quiero embriagarme del gozo de tu presencia,

hundirme en Tu misericordia.

Seducida por vos más y más, quiero saborear Tu dulzura.

Que Tu Sabiduría penetre hasta el último rincón de mi ser.

Ven Espíritu Santo, Ven.

Tú, el Amor entre el Padre y el Hijo

embriágame, abrázame, arrópame con Tu ternura

y hazme testigo fiel de Tu Amor

para que todos conozcan el inmenso amor de Dios Uno y Trino,

te amen y te alaben eternamente. Amén

Tercer día

Don de Entendimiento

Palabra de Dios

“Jesús les dijo: ¡Hombres duros de entendimiento!, ¡cómo les cuesta creer todo lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías soportara esos sufrimientos para entrar en su gloria? Y comenzando por Moisés y continuando con todos los Profetas, les interpretó en todas las Escrituras lo que se refería a Él.” Lc 24, 25-26

Reflexión

La gracia de este don nos permite penetrar profundamente en los grandes misterios de la fe, atravesar sus verdades, captar las cosas de Dios más allá de la razón, a fin de vivir sus misterios intensamente.

A los discípulos de Emaús la angustia, tristeza, o desilusión, les nubló la comprensión de lo esencial. Abatidos no podían entender el misterio de la Pasión de Jesús. El abatimiento, la frustración, la angustia, el desconcierto, la tristeza, velan los misterios de la vida y dificultan su comprensión. En cambio, el don de Entendimiento ilumina todas las situaciones de nuestra vida, incluso aquellas que con nuestra mente humana no podemos explicar.

El don de entendimiento es Luz que esclarece misterios, aclara dudas, ilumina el camino. Es una gracia que nos hace comprender las cosas más allá de las palabras. Simplemente se sabe, se cree, se entiende determinados hechos, situaciones, personas. Con nuestra mente iluminada, en un instante podemos captar la complejidad de las cosas y entender la vida en cada aspecto.

Las personas que poseen en abundancia este don, ven “más allá”. Es un estilo de vida, una forma de vivir y mirar la vida y a las personas penetrando en un instante su misterio, sin detenerse en lo puramente visible. Es decir: ver más allá de lo que se ve comúnmente, ver y comprender el misterio del ser humano, el misterio del bien y del mal. En consecuencia, mantener la serenidad en las contrariedades, siendo comprensivos, compasivos y justos con los demás, y con uno mismo.

Hay también momentos especiales en nuestra vida, durante la oración o en una situación concreta, donde recibimos la gracia de este don. Es una experiencia tal, que en un segundo entendemos todo lo que hace falta. En un breve instante, alcanzamos a entender tantas cosas que si las quisiéramos explicar a alguien necesitaríamos mucho tiempo. Simplemente sabemos y nosotros mismos necesitamos a veces años, hasta que este saber se pueda sistematizar en el lenguaje humano.

El don de entendimiento es el don de la inteligencia espiritual, de claridad y amplitud de la visión, es como el resplandor del sol que atraviesa las ramas en el medio del bosque. Nuestra mente es un reflejo, un espejo de la mente divina en aquello que Él nos permite entender.

Así como un científico investiga con afán y pasión los misterios de su campo, el creyente con el don de entendimiento encuentra placer de escudriñar cuál es “la anchura y la longitud, la altura y la profundidad” de los misterios de Dios. Con gozo busca las verdades veladas en la profundidad e infinitud del contenido de la Palabra de Dios, que es siempre viva y eficaz, lo que lo lleva a vivir en el asombro, gratitud y alabanza.

Reflexión personal

La lectura de los discípulos de Emaús, me hace ver cómo el abatimiento, la frustración y la tristeza empañan mi comprensión de la realidad, por eso:

- ❖ En un primer momento entro en contacto con mis emociones, especialmente observo si hay frustración, angustia, tristeza prolongada, desconsuelo, desazón. También reviso si hay confusiones mentales como desconcierto, desilusión. Pongo en palabras estos estados y sus causas.
- ❖ En un segundo momento, con la fe que me da certeza que Dios camina a mi lado, al igual que Jesús con los discípulos de Emaús, entrego a Dios todas estas emociones que me impiden comprender su Mensaje y todas estas confusiones que nublan mi mente y obstaculizan el entendimiento.

Libre de aquellos obstáculos, **me abro a su Gracia** y dejo que la Luz que trae el don de Entendimiento vaya penetrando, se vaya filtrando por todos los rincones de mi ser interior, iluminando y aclarando todos los aspectos de mi vida y de la realidad que me circunda.

MISTERIO DE DIOS EN LA HISTORIA (Carlo M. Martini)

Espíritu Santo, que procedes del Padre y del Hijo,
tú estás en nosotros, hablas en nosotros.

Te pedimos que demos cabida a tus palabras, a tu oración,
a tu inteligencia en nosotros para que podamos conocer
el misterio de la voluntad de Dios en la historia.

No te pedimos que tengamos acceso a este misterio
como para podernos vanagloriar
de nuestra ciencia e inteligencia de los tiempos,
sino únicamente para obrar de manera digna del Señor,
para podernos dedicar más totalmente
al servicio del nombre y de la gloria de nuestro Señor Jesucristo.
Amén.

Cuarto día

Don de Ciencia

Palabra de Dios

“El cielo proclama la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos; un día transmite al otro este mensaje y las noches se van dando la noticia. Sin hablar, sin pronunciar palabras, sin que se escuche su voz, resuena su eco por toda la tierra y su lenguaje, hasta los confines del mundo. Allí puso una carpa para el sol, y este, igual que un esposo que sale de su alcoba, se alegra como un atleta al recorrer su camino. Él sale de un extremo del cielo, su órbita llega hasta el otro extremo, y no hay nada que escape a su calor”. Sal 19(18), 2-7

Reflexión

Este don nos permite contemplar el mundo viendo en él la obra creadora de Dios. Sabiéndonos hijos de Dios y herederos de sus bienes, disfrutar de la maravillosa creación y conocer la grandeza y el límite del privilegio de ser nombrados “administradores de todo lo creado”. Gracias a este don tenemos la capacidad de admirar las maravillas que Dios ha puesto en nuestras manos, para que con libertad y responsabilidad sepamos administrar la riqueza encomendada.

Este don nos enseña a juzgar rectamente las cosas creadas, viendo en ellas una huella o vestigio de Dios, que pregona su hermosura y su amor. Con este don san Francisco de Asís veía al “hermano lobo”, “la hermana flor”, “la hermana fuente”. Es la ciencia de los santos, que será siempre una locura ante la codiciosa mirada de aquellos que ven en lo creado, sólo la posibilidad de enriquecerse.

Por otro lado, muchas veces en virtud del desarrollo de la ciencia, estamos expuestos a la tentación de dar una interpretación naturalista del mundo; ante la multiforme riqueza de las cosas, de su complejidad, variedad y belleza, corremos el riesgo de absolutizarlas y casi de divinizarlas hasta hacer de ellas el fin supremo de nuestra vida. Es cuando nos seducen las riquezas, el placer, el poder que derivan de las cosas materiales. Mientras que, gracias a este don, no estimamos a las creaturas más de lo que valen y no ponemos en ellas sino en Dios: el fin de nuestra propia vida.

Este don, nos da la capacidad de contemplar aquello que nos rodea con un corazón lleno de admiración y gratitud, frente a la complejidad y perfección de la naturaleza y en esta contemplación, sentirnos abrazados por el amor de Dios. Viendo lo creado como manifestaciones de la belleza, abundancia, generosidad y del amor infinito de Dios, nos sentimos impulsados a traducir este descubrimiento en oración de alabanza, cantos y acción de gracias.

Reflexión personal

Tantas veces los problemas, la cotidianidad y la rutina me hacen perder la capacidad de asombro, paso por la vida sin maravillarme de todas las riquezas que Dios me regala. Acostumbrado a verlas, ni siquiera me detengo un instante para agradecerlo.

Abriéndome a este don de Ciencia:

- * En un primer momento, cierro los ojos y tomo consciencia de todos los bienes creados que me rodean. Recorro diferentes momentos de mi vida y hago memoria de las bellezas naturales con las que Dios me ha bendecido.
- * En un segundo momento, abro mi corazón para recibir el don de Ciencia y lleno de gratitud pueda sentirme uno con toda la Creación.

Renovado/a en la capacidad de asombro frente a las maravillas de la Creación, elevo mi alabanza y acción de gracias a Dios.

CÁNTICO DE LAS CREATURAS (S. Francisco de Asís)

(...) Loado seas por toda criatura, mi Señor,
y en especial loado por el hermano sol,
que alumbra, y abre el día, y es bello en su esplendor,
y lleva por los cielos noticia de su autor.

Y por la hermana luna, de blanca luz menor,
y las estrellas claras, que tu poder creó,
tan limpias, tan hermosas, tan vivas como son,
y brillan en los cielos: ¡loado, mi Señor!

Y por la hermana agua, preciosa en su candor,
que es útil, casta, humilde: ¡loado, mi Señor!
Por el hermano fuego, que alumbra al irse el sol,
y es fuerte, hermoso, alegre: ¡loado mi Señor!

Y por la hermana tierra, que es toda bendición,
la hermana madre tierra, que da en toda ocasión
las hierbas y los frutos y flores de color,
y nos sustenta y rige: ¡loado, mi Señor!

Y por los que perdonan y aguantan por tu amor
los males corporales y la tribulación:
¡felices los que sufren en paz con el dolor,
porque les llega el tiempo de la consolación!

(...) Servidle con ternura y humilde corazón.
Agradeced sus dones, cantad su creación.
Las criaturas todas, load a mi Señor.

Quinto día

Don de Fortaleza

Palabra de Dios

“Yo te amo, Señor, mi fuerza. Señor, mi Roca, mi fortaleza y mi libertador, mi Dios, el peñasco en que me refugio, mi escudo, mi fuerza salvadora, mi baluarte. Invoqué al Señor, que es digno de alabanza y quedé a salvo de mis enemigos. Las olas de la muerte me envolvieron, me aterraron los torrentes devastadores, me cercaron los lazos del Abismo, las redes de la muerte llagaron hasta mí. Pero en mi angustia invoqué al Señor, grité a mi Dios pidiendo auxilio, y él escuchó mi voz desde su Templo, mi grito llegó hasta sus oídos”. Sal. 18(17) 2-7

Reflexión

Este don resalta en la vida de los mártires y con facilidad lo podemos ver en los actos heroicos de los grandes santos. Pero es indispensable, aunque menos visible, en la práctica callada y heroica de las virtudes de la vida cristiana común y cotidiana, que constituyen el “heroísmo de lo pequeño”, con frecuencia más difícil y penosa que las cosas grandes.

La fortaleza es un don que nos ayuda estar de pie en situaciones difíciles, es saber mantener la calma e integridad en medio de cosas inesperadas y dolorosas. A su vez este don crece a través de estas situaciones y vivencias difíciles, donde el corazón se ennoblece, como el oro en el fuego.

Como la misma palabra dice, este don es “una fortaleza”, un muro que rodea y defiende nuestro castillo interior. Lo defiende del enemigo que quiere entrar en nuestro territorio y sembrar la duda, el miedo, la desesperación, el resentimiento y la amargura. La fortaleza hace que lo esencial, el lugar más íntimo de nuestro interior, quede intacto. El amor, la fe, la esperanza y nuestra identidad están protegidos gracias al don de fortaleza, como un castillo está protegido por los muros que lo rodean.

El don de Fortaleza es un impulso sobrenatural, que da vigor a nuestro corazón, no solo en los momentos dramáticos, sino también en las habituales condiciones de dificultad: en la lucha por permanecer coherentes con los propios principios; en el soportar ofensas y ataques injustos; en la perseverancia valiente; incluso entre incomprendiones y hostilidades; en el camino de la verdad y honradez.

Este don, nos ayuda a romper las cadenas que nos atan a todo aquello que no es esencial, cadenas de esclavitud a lo que dirán, a los juicios, opiniones y expectativas de los demás. Rompe nuestras cadenas que nos atan a nuestras frustraciones del pasado o ilusiones del futuro, porque sólo la persona libre puede ser fuerte y vivir el hoy, serena y coherentemente.

Reflexión personal

Tantas veces, viendo la realidad de cada día, sucumbo ante el dolor, las dificultades y las enfermedades que me hacen perder y olvidar que en mí habita Dios y allí buscar la fortaleza para sobrellevar y sobreponerme a dichas situaciones. Por ello:

- * En un primer momento: hago memoria de toda mi vida y registro todas las situaciones en mi vida en la que me he sentido abatido/a, derrotado/a, y que la Presencia del Espíritu Santo me levantó, me sacó del pozo y me volvió a llenar de Fortaleza.
- * En un segundo momento: doy gracias a Dios por este don de Fortaleza a lo largo de mi vida y observo en qué situación estoy en este momento. ¿Me siento lleno/a de fuerza que proviene de Dios? ¿O hay realidades en mí que aún no me permiten emerger? Presento a Dios Espíritu Santo estas realidades pidiendo que no me importe lo que tengo que vivir, sino que Él me regale su don de Fortaleza para saber de qué manera vivirlo.
Fortalecido/a me solidarizo con el sufrimiento, las debilidades, dificultades de tantas personas que sufren y pido insistentemente el don de Fortaleza para el mundo entero.

ESPIRITU SANTO CONSOLADOR (Autor desconocido)

Ven Espíritu Santo,
Espíritu del Padre y del Hijo;
Comunicación amorosa y eterna;
donación prometida y realizada
desde los comienzos de la Iglesia.

Ven a consolar a los hombres y mujeres
que cargan con pesadas cruces;
a los que en el camino de la historia
quedaron al margen de todo proyecto;
de los que fueron excluidos del banquete de la vida;
de los que sufren porque no encuentran
un lugar ni en la sociedad ni en la Iglesia.

Ven a transformar nuestras mentes y corazones
para que derribemos fronteras económicas,
de raza, de sexo, de culto;
para que tendamos puentes de diálogo,
de fraternidad, de ternura y cariño.

Ven Espíritu Santo a hacernos uno en el Amor
como el Padre y el Hijo lo son.
Para alabanza y gloria por los siglos de los siglos.

Amén

Sexto día

Don de Consejo

Palabra de Dios

“El Paráclito, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi Nombre, les enseñará todo y les recordará lo que les he dicho.” Jn. 14, 26

“Cuando los lleven ante las sinagogas, ante los magistrados y las autoridades, no se preocupen de cómo se van a defender o qué van a decir, porque el Espíritu Santo les enseñará en ese momento lo que deban decir.” Lc. 12, 11-12

Reflexión

El Espíritu Santo, con este don, nos ayuda a orientar nuestra vida para responder fielmente a la voluntad de Dios. Cuando no sabemos cómo seguir, en los momentos en los cuales nos abruma problemas e inquietudes y no sabemos cómo obrar, el Espíritu Santo nos ayuda a distinguir la verdad del error, el acierto de la equivocación.

Dios nos da este don, para iluminar nuestra consciencia en las opciones que la vida diaria nos presenta. Enriquece y perfecciona la virtud de la prudencia. Siendo nuestro **Dulce Huésped del alma**, nos guía desde lo más profundo de nuestro ser. Desde allí nos da su luz, sobre todo en momentos de opciones importantes, de un cambio en nuestra vida o cuando caminamos entre dificultades y obstáculos.

El don de Consejo actúa como un soplo nuevo en la consciencia, sugiriéndole lo que es bueno, lo que corresponde, lo que conviene más. Ayudados, por este don, penetramos en el verdadero sentido de los valores evangélicos. Son corazonadas, destellos intuitivos, cuyo acierto y oportunidad se encargan, más tarde, de descubrir los acontecimientos.

El don de Consejo es esta voz interior clara que nos aconseja desde adentro con los criterios del Evangelio y nos conduce a actuar según ellos. Gracias a este don nuestros criterios, juicios, puntos de vista, están cada vez más impregnados con los criterios de Dios. Nuestra mente queda evangelizada y nos sopla, en momentos oportunos, Palabras oportunas.

Aconsejados por Dios para actuar en nuestras vidas estamos en condiciones de acercarnos y aconsejar a los demás. Teniendo este don sabremos qué decir, cuándo callar, cuándo actuar, cuándo consolar, cuándo confrontar. Sabremos con certeza cuándo es el momento de anunciar la Buena Nueva y cuándo es el momento de denunciar todo aquello que se opone a los valores del Evangelio. Nuestros consejos no serán “mensajes huecos”, ni eslogan repetidos, sino al contrario, serán palabras que a un otro le llegan reflejando el Amor y la Sabiduría que proviene de Dios.

Reflexión personal

Muchas veces frente a la realidad confusa de nuestro tiempo o de mi realidad personal, no encuentro respuestas o soluciones. Están en mí, porque Dios Espíritu Santo me habita. Las respuestas están en mi memoria, en la Palabra meditada a lo largo de los años y, mi Dulce Huésped del alma, me las quiere recordar. Por eso:

- * En un primer momento tomo contacto con aquella situación difícil, a la que no encuentro respuesta. (Tanto de mi propia vida, como de mis seres queridos o del mundo en general).

- ✱ En un segundo momento: adopto una postura de disponibilidad, expresando mi apertura interior a escuchar la Palabra de Dios que Él me quiera decir, en el momento que Él quiera. Cierro los ojos, relajo mi cuerpo, me concentro en la respiración. Respiro lenta y profundamente. Después de un momento, en cada inhalación digo interiormente “háblame Señor” y en cada exhalación “que tu sierva escucha”. No pienso, ni especulo nada, sólo respiro, Dios dirá a su tiempo lo que necesito saber.

Este día pido, insistentemente, al Espíritu Santo el don de Consejo para mí y para el mundo entero, confiando que Él pondrá en mi boca y en la de todas las personas de buena voluntad, la palabra oportuna que se deba decir en cada momento y la claridad para poder discernir los signos de este tiempo complejo, que vive la humanidad.

SEÑOR Y DADOR DE VIDA (Autor desconocido)

Ven Espíritu Santo, Señor y dador de vida.
Enciende en nuestros corazones el fuego de tu amor.
Abre nuestra capacidad de entrega y acogida a los demás.
Vence nuestra incomunicación, quiebra nuestra soledad.
Danos los bienes que nos conquistó del Padre, la Pascua de Jesús.
Háznos comprender que la vida pasa por la muerte.
¡Qué felices son los que lloran y que en la pobreza está la mayor riqueza!
Enséñanos a ser sencillos, fraternos, profundos, verdaderos.

Concédenos descubrir el rostro de Cristo en los hermanos.
La voluntad del Padre en los signos de la historia.
Quita la tibieza de nuestras vidas mezquinas y mediocres.
Devuélvenos la capacidad de asombro frente a lo nuevo que tuvimos cuando niños.
Ábrenos ventanas en los ojos para que aprendamos
que lo “esencial es invisible y que solo se ve bien con el corazón”.
Graba en nuestro espíritu la ley del Reino.
Que seamos felices en la pobreza, felices en la lucha, felices en la persecución.

Que entendamos que la oscuridad es condición para recibir la luz.
Que la sed es condición para recibir el agua.
Que la pequeñez es condición para aceptar el “don”.
Ven Espíritu Santo, Señor y dador de vida.
Danos un corazón puro, ojos limpios, manos generosas.
Pon palabras de verdad en nuestros labios.
Haz que aceptemos el dolor sin autocompasiones estériles.
Que, como pueblo, busquemos la salvación que viene de Ti.

Que junto con los hermanos te llamemos ¡Padre!
Haz que amemos la vida renovada cada día.
Que guardemos la fe; que trabajemos en esperanza;
que vivamos en el Amor y conservemos siempre la alegría.
Amén. Aleluya.

Séptimo día

Don de Piedad

Palabra de Dios

“Vengan benditos de mi Padre y reciban en herencia el Reino que les fue preparado desde el comienzo del mundo, porque tuve hambre y ustedes me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; estaba de paso, y me alojaron; desnudo y me vistieron; enfermo, y me visitaron; preso, y me vinieron a ver. Los justos le responderán: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos de paso y te alojamos; desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o preso y fuimos a verte? Y el Rey les responderá: les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo.” Mt 25, 34-40

Reflexión

El don de Piedad suscita en nosotros, por inspiración del Espíritu Santo, un afecto filial hacia Dios y un sentimiento de fraternidad universal para con todos los hombres. Nos llena de confianza y amor a Dios y a los hombres. Nos hace vivir en comunión con Dios y los hermanos.

Sana nuestro corazón de todo tipo de durezas, asperezas e incomprensiones con nuestros hermanos. Nos sana de la tibieza, indiferencia, duda e incredulidad en nuestra relación con Dios. Abre todo nuestro ser a la ternura para con Dios, como Padre y para con los hermanos, como hijos del mismo Padre.

La ternura, como actitud sinceramente filial para con Dios, se expresa en nuestra relación con Él. No sólo en la oración, sino en actitudes de gratitud, confianza y de alabanza. La ternura como actitud filial para con nuestros hermanos, se expresa en nuestra vida de cada día, en gestos concretos de solidaridad, compasión, acogida, escucha atenta y todo lo que necesitan aquellos que nos rodean.

El don de Piedad, además, extingue en el corazón aquellos focos de tensión y de división como la amargura, la cólera, la impaciencia y lo alimenta con sentimientos de comprensión, de tolerancia y de perdón. Esto nos ayuda a vernos como hijos, sentirnos amados por Dios, nuestro Padre, que sabe lo que necesitamos y conoce nuestras dificultades. Envueltos en el Amor de Dios, nos miramos a nosotros mismos con compasión. Desde esta experiencia se despierta en nosotros la compasión y la paciencia con nuestros hermanos.

La ternura como apertura auténticamente fraterna, se manifiesta en la mansedumbre, uno de los frutos del Espíritu Santo. Con el don de Piedad, el Espíritu infunde en nosotros una nueva capacidad de amor, haciendo nuestro corazón de alguna manera partícipe de la misma mansedumbre del Corazón de Jesús.

Desde este don, está inspirada la oración: “Sagrado Corazón de Jesús, haz mi corazón semejante al tuyo”. Si nuestro corazón se parece al de Jesús, viviremos como verdaderos hijos de Dios, reconociendo esta dignidad en todas las personas; y en nuestro trato diario miraremos, a cada uno como nuestro hermano.

Reflexión personal

Este don de piedad me lleva a revisar mi relación con Dios y con los hermanos, tanto aquellos más próximos, como los del mundo entero. Por eso:

- * En un primer momento, quiero conectarme con mis sentimientos para con Dios y detectar si me siento amado/a por Él, o algo se interpone en nuestra relación. Si es así, trato de ponerle nombre. Luego, tomo consciencia de mis durezas, intransigencias, terquedades, incomprensiones, críticas y discriminación en relación a mis hermanos, tanto los más próximos o en general. Reviso el origen de estas actitudes y si aparece alguna de ellas, le pongo nombre.
- * En un segundo momento, me dispongo a volver la mirada hacia el Corazón de Jesús y desde el Amor y Ternura de Dios, que me envuelve, decidido modificar mis actitudes personales para conmigo, en mi vida diaria, en mi trato personal para con mis hermanos, los más cercanos y los del mundo entero. Con esta firme decisión, cierro los ojos e inspiro: “Haz mi corazón” y exhalo: “semejante al Tuyo”.

Finalmente, con un corazón rebotante de alegría, ligero de cargas emocionales innecesarias y abrazado/a por la Ternura de Dios, expreso mi gratitud con alabanzas.

QUEREMOS APRENDER A AMAR (Irene Klein)

María, Inmaculada y fiel Esposa del Espíritu Santo,
queremos aprender a amar como tú. Aprender de Ti ser Hija, Madre y Hermana.
Fiel y humilde Hija del Padre, dijiste “Si” a la propuesta de ser la Madre de Jesús
y el Espíritu Santo te cubrió con su sombra.

No hiciste alarde de tu distinción de ser elegida como Madre de Dios,
sencillamente corriste al encuentro de las necesidades de tu prima Isabel,
de los recién casados en Caná y tantos otros en tu pequeño pueblo de Nazaret.

Cuando te arrancaron a tu Hijo, dándole la violenta muerte en la cruz.
Superaste el dolor, te hiciste cargo de Juan, y en él, de todos nosotros.
Enséñanos a tener un corazón de hijo/a como tú: fiel, confiado y obediente.
Enséñanos a ser solícitos y atentos a las necesidades de los demás.

Jesús tú que fuiste fiel y amoroso Hijo del Padre,
Tú que por amor te rebajaste a nuestra condición humana
y nos aceptaste como hermanos, haz nuestro corazón semejante al Tuyo.
Por amor a nosotros, tus hermanos, aceptaste la cruz, amándonos hasta el extremo.
Queremos parecernos a Ti, en el amor a nuestros hermanos.

Espíritu Santo danos la gracia del don de Piedad,
para amar con generosidad a nuestros hermanos,
y entregarnos con confianza a los tiernos brazos del Padre.

Octavo día

Don de Temor de Dios

Palabra de Dios

“Hijo mío, si recibes mis palabras y guardas contigo mis mandamientos, prestando oído a la sabiduría e inclinando tu corazón al entendimiento; si llamas a la inteligencia y elevas tu voz hacia el entendimiento, si la buscas como si fuera plata y la exploras como un tesoro, encontrarás el temor del Señor”. Prov. 2, 1-5a

Reflexión

El don de Temor de Dios, es el último, el séptimo, el que encierra la plenitud de la gracia en los dones del Espíritu Santo. Porque este don, es el fruto de una experiencia del Amor de Dios, un encuentro con su ternura, misericordia y perdón. Sólo aquellos que aman mucho y se sienten muy amados “temen” herir, entristecer u ofender al ser amado. Esta es la experiencia con Dios de la persona que posee este don.

Es por eso, que el don de Temor de Dios no es angustia o miedo a Dios. Es admitir que Dios, es siempre más grande que todo lo que nos podemos imaginar. Es respetar a Dios como nuestro Padre. Es ser consciente de nuestra debilidad, confiar en su misericordia, tener la certeza de la solicitud paterna de Dios, y justamente por eso preocuparnos de no disgustarlo, amándolo como Padre, no ofendiéndolo en nada, permanecer, crecer y dar fruto.

La Sagrada Escritura afirma que lo contrario de este don es el miedo, que aleja, que impulsa a evitar pensar o acordarse de Él, como de algo que turba e inquieta. Este miedo que surge del conocimiento de nuestros límites, pero no conoce la grandeza de su amor y misericordia, sólo nos aleja de Dios e induce al desánimo. Este, fue el estado de ánimo que impulsó a distintos personajes bíblicos a ocultarse, esconderse u ocultar el don (Gen 3, 8; 4, 13-14; J 1,3; Mt. 25, 18.26). El miedo nos aleja; en cambio, el don de Temor de Dios nos mantiene cercanos y fieles a Dios, en cada detalle de nuestra vida.

El don del Temor de Dios, no sólo llena el corazón humano de respeto reverencial ante la majestad infinita de Dios, sino de ternura al experimentar su tierno y misericordioso amor. Si poseemos este don, estamos dispuestos, hasta incluso morir antes que dudar o alejarse de su amor.

Reflexión personal

Si la base del Temor de Dios, es la confianza y el amor, la ausencia de los miedos, quiero revisar:

- * En un primer momento: Veo las distintas etapas de mi vida ¿cuáles fueron mis miedos? Les pongo nombre, y observo en cada etapa, si aumentaban, disminuían o se instalaban. Puedo hacerlo ayudándome con una línea de tiempo, marcando en una línea vertical: la intensidad o cantidad de miedos que me aquejaban. Y en una línea horizontal: las etapas de mi vida. Luego, observo en las mismas etapas de mi vida, mi confianza y amor a Dios. Uniendo los puntos, de ambos ejercicios, puedo constatar que a medida que aumentaba mi confianza en Él, disminuían los miedos.
- * En un segundo momento, tomo consciencia de que, frente al inmenso amor de Dios, mi único temor lógico debería ser ofender a Dios, o mi indiferencia. Pido al Espíritu Santo el don de Temor de Dios, la gracia de confiar más y permanecer siempre en comunión con Él, mi Dios amado.

Así, sabiéndome amada por Dios, con el firme propósito de depositar toda mi confianza sólo en Él y evitando cualquier ofensa, expreso mi gratitud con el corazón exultante de alegría.

SONETO A CRISTO CRUCIFICADO (Sta. Teresa de Ávila)

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

¡Tú me mueves, Señor! Muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme ver tu cuerpo tan herido;
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

Noveno día

**Viva el Espíritu Santo en nuestros corazones
y en los corazones de la humanidad entera**

Palabra de Dios

“Saldrá una rama del tronco de Jesé y un retoño brotará de sus raíces. Sobre él reposará el espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de temor del Señor, y lo inspirará el temor del Señor. Él no juzgará según las apariencias ni decidirá por lo que oiga decir; juzgará con justicia a los débiles y decidirá con rectitud para los pobres del país. (...) La justicia ceñirá su cintura y la fidelidad ceñirá sus caderas. El lobo habitará con el cordero y el leopardo se recostará junto al cabrito; el ternero y el cachorro de león pacerán juntos, y un niño pequeño los conducirá; la vaca y la osa vivirán en compañía, sus crías se recostarán juntas, y el león comerá paja lo mismo que el buey. El niño de pecho jugará sobre el agujero de la cobra, y en la cueva de la víbora meterá la mano el niño apenas destetado. No se hará daño ni estragos en toda mi Montaña santa, porque el conocimiento del Señor llenará la tierra como las aguas cubren el mar”. Is 11, 1-9

Reflexión

Como reflexionamos el primer día, citando al P. Arnoldo, creemos que: “*si invocamos al Espíritu Santo, la historia, el mundo, tomará otro rumbo*”. Y si Él dejamos que Él **viva en nosotros**, todo lo recientemente citado en el texto de Isaías, se hará realidad. Hace falta invocar al Espíritu Santo con fe e insistencia, hacerlo conocer para que seamos muchos los que creemos en Él y en su palabra. Desde allí mirar la vida con esperanza y abrazar a los demás con ternura, acogiéndolos como hermanos.

En cambio, no dejamos que Dios Espíritu Santo **viva** en nosotros cuando no generamos espacios de comunión y hasta incluso, promovemos la división. Cuando atados a nuestros preconceptos rígidos, no concebimos la posibilidad de la integración o diálogo entre las personas, con ideas diferentes. El Espíritu cuando vive en nosotros nos lleva por caminos de apertura, de formas creativas y sorprendentes.

La perspectiva de un movimiento creativo y sorprendente en nuestra vida, puede producirnos temor, inseguridad y hasta miedo ya que preferimos lo seguro, predecible y hasta rutinario. De esta manera, muchas veces, vivimos envueltos en rutinarias costumbres de dividir, segregar, separar por ideologías, lugar de origen, edad, etc. Convencidos que la violencia está instaurada, naturalizada, formando parte de nuestra vida. Así la paz nos parece imposible, hasta irreal.

Cambemos la queja por la oración, el miedo por la confianza y Dios hará el resto. Cuando expresamos el deseo que Dios Espíritu Santo **viva** en nosotros queremos permitirle que se mueva dentro nuestro, que remueva y transforme. Con Él somos personas abiertas al continuo cambio, siempre esperanzados en que el Espíritu de Dios hace nuevas todas las cosas.

Que este saludo “Viva el Espíritu Santo” sea la expresión de deseo, de que cada uno de nosotros y toda la humanidad sea, conscientemente santuario y templo vivo del Espíritu Santo. Así, viviéndolo con fidelidad cambiará el rumbo de la historia.

Reflexión personal

Finalizando esta Novena, en vísperas de esta gran fiesta de Pentecostés, re veo todo lo reflexionado. Miro mi corazón y si han quedado algunos rincones, en los que hay un cono de oscuridad o sombra, abro las ventanas de mi corazón, de par en par, para dejar que la Luz del Espíritu Santo los ilumine por completo.

Dispongo todo mi ser para que el Espíritu de Dios me habite por entero, sin reservas me dono a Él con entera libertad, y me dejo transformar por Él, que hace nuevas todas las cosas.

Hoy quiero renovar mi deseo de llenarme, más y más, de los dones del Espíritu Santo, quiero renovar mi deseo de que **viva** en mí, que dance, que me transforme. Quiero ardientemente recibir sus dones e invito a Dios Espíritu Santo, que tome todo mi ser clamando **¡VEN!**

ESPIRITU DIVINO (Ángel Sanz Arribas)

Luz de Dios, disipa las tinieblas de mis dudas y guíame.
Fuego de Dios, derrite el hielo de mi indiferencia y abrázame.
Torrente de Dios, fecunda los desiertos de mi vida y renuévame.
Fuerza de Dios, rompe las cadenas de mis esclavitudes y libérame.

Alegría de Dios, aleja los fantasmas de mis miedos y confórtame.
Aliento de Dios, despliega las alas de mi espíritu y lánzame.
Vida de Dios, destruye las sombras de mi muerte y resucítame.

Ven, Espíritu Paráclito, Espíritu creador y santificador,
Espíritu renovador y consolador, Espíritu sanador y pacificador.
Ven y concede hoy a tu Iglesia, reunida en el Cenáculo con María,
la experiencia de Pentecostés.